

dades pusieron tropas para contener las invasiones de los españoles; pero no creyeron oportuno continuar la conquista que sólo dos siglos después emprendieron formalmente para reponeerse de las derrotas que sufrieron en Sicilia. Vinieron entonces de África á las órdenes de Amílcar, el mejor general de la República, y arrollando con ímpetu cuantas tribus les salieron al paso, se hicieron dueños de gran parte de la Bética, desde la cual se dirigieron á las costas de oriente, hasta que junto á los muros de Hélice (1) cayeron vencidos y rotos por gran número de pueblos confederados, entre los que figuraban los habitantes de Oretania.

Perdieron los cartagineses en esta jornada de Hélice á su general, que se ahogó según algunos en el paso de un río; mas no por esto desmayaron. Vengáronse cruelmente de los vencedores bajo el mando de Asdrúbal, fundaron la ciudad de Cartagena, que fué desde entonces centro de sus operaciones militares, penetraron tras el joven Aníbal hasta el centro de Castilla, sitiaron y tomaron á Sagunto, y con temerario arrojo, pusieron en armas todas nuestras tribus, atreviéndose á llevar la guerra, al través de montes y de enemigos, al mismo corazón de Roma, que aborrecían de muerte. Recogieron en Italia laureles regados por torrentes de sangre romana; pero no los debieron sólo á sus esfuerzos, los debieron también á los de los pueblos de estas provincias, que pelearon por ellos en Tesino, Tebia, Trasimeno y Canas. Aníbal había contraído enlace con la bella Himilce, natural de Cástulo, había visitado las poblaciones granadinas, las había mejorado y embellecido, y las encontró dispuestas á seguir la suerte de sus banderas cuando se propuso hollar con su planta el Capitolio (2).

(1) Esta ciudad, llamada así por Diodoro, estaba situada sobre un riachuelo al poniente de Alicante, no lejos del mar. Sería sin duda de alguna importancia, cuando el golfo vecino llevaba su nombre y se llamaba *Sinus Illicitanus*.

(2) Silio Itálico, al enumerar los diversos pueblos que componían el ejército

Las derrotas de los cartagineses en España no fueron, sin embargo, menores que sus triunfos en Italia. Acometidos por legiones romanas que entraron en dos épocas distintas á las órdenes de los hermanos Scipiones, se vieron obligados á retroceder de campo en campo de batalla desde las márgenes del Ebro hasta las fronteras de este reino de Granada, que fué en adelante el principal teatro de la guerra. Perseguidos en el interior de estas mismas tribus, ni aun en ellas supieron encontrar por mucho tiempo sino un sepulcro para sus soldados. Perdieron la Bastitania; quedaron en la Oretania vencidos y humillados al pié de las murallas de Illiturgi, Cástulo y Auringi (1). Desde la entrada de sus enemigos hasta la muerte de Gneyo y Publio Scipión, que cayó de una lanzada en la Sierra de Segura (2), no alcanzaron más que una victoria en Munda (3); y aun ésta sin resultado. Acabaron por fin con los capitanes que tantas veces les habían hecho morder el polvo de la tierra; ¿mas fue-

de este general, consagró á los de éstas y las demás tribus andaluzas algunos versos que no podemos menos de copiar:

Fulgent præcipuis Parnasia Castulo siquis,
Et celebre Oceano atque alternis æstibus Hispal,
Ac Nebrisa Dioniseis conscia Thyrsis,
Quam Satiri coluere leves, redimitaque sacra
Nebride, et arcano Mænas nocturna Liæo.
Argantoniacos armat Carteia nepotes,
Rex proavis fuit humani ditissimus ævi
Ter denos decies emensus belliger annos
Armat Tartessos stabulanti conscia Phebo
Et Munda, Emathios Italis paritura labores:
Nec decus auriferæ cessabit Corduba terræ.
Hos duxere viros flaventi vartice Phorcys,
Spiciferisque gravis bellator Atauricus oris,
Æquales ævi; genuit quos upere ripa
Palladio Bætis umbratus cornua ramo.

De bello pun., lib. 3.

(1) Auringi es Jaén.

(2) Recuérdese el texto de Plinio copiado ya en otra nota: «Ille (Bætis) ocior refugit Scipionis rogam.» Recuérdese también que el Betis nace en la Sierra de Segura.

(3) Munda, hoy Monda, en la provincia de Málaga.

ron ellos solos los que les vencieron? Estaban con ellos los rudos guerreros de la Galicia y los feroces numidas que capitaneaba el joven Masinisa. No sacaron por otra parte grandes ventajas de la muerte de estos jefes romanos; un solo soldado bastó para hacerles trocar sus alaridos de triunfo en gemidos de dolor y suspiros de muerte; un solo soldado, para hundirlos en su antiguo abatimiento, y cubrir de luto sus banderas vencedoras. Marcio no sólo los derrotó; les atajó los pasos, que pretendían encaminar á Italia.

Después de este suceso inesperado apenas pudieron ya los cartagineses pasar más allá de estas regiones. Encontraron al enemigo en la Oretania, y allí se estrellaron sus últimos esfuerzos. Entre Mentesa é Illiturgis fueron vencidos por Nerón, cuya confianza burlaron con su astucia; quedaron rotos en Baeza por el joven vencedor de Cartagena; perdieron á Illiturgis, saqueada, talada, reducida á cenizas, arada y sembrada de sal por los romanos; perdieron á Cástulo, que se entregó al enemigo; perdieron su fama y su sangre donde quiera que aceptaron la batalla. Retrocedieron entonces á la Bética, donde Astapa, como otra Sagunto, quedó sepultada entre sus propias ruinas; y se vieron, al fin, reducidos á encerrarse dentro de los muros de Cádiz, de que no salieron ya sino para abandonar por siempre este país, cuya conquista les costaba tantos años de luchas y afanes. Asdrúbal, uno de sus jefes, pudo aún en medio de tantas derrotas organizar en la Lusitania un ejército, y pasar con él á Italia; mas ¿á qué fueron entonces los cartagineses, sino á empañar sus glorias en las orillas del Metauro y obligar á Aníbal á regresar al África donde habían de irle á derrotar esos mismos romanos que tanto aborrecía? Asdrúbal murió; y Magón, para ir á recoger en sus naves los restos del ejército del Lacio, tuvo que dejar á Cádiz, que pasó al dominio de Roma como todas las demás ciudades que obedecían aún á los vencidos.

Los romanos, con todo, no quedaron aún dueños de

España. Libres ya de las armas de Cartago, tuvieron que empezar con los pueblos indígenas una guerra que consumió sus más bravas legiones y puso á prueba la destreza y el valor de sus mejores capitanes. Tomaron parte en ella los celtíberos, que parecidos á la hidra de Lerna, cuyas cabezas retoñaban incesantemente bajo la clava de Hércules, salían siempre más fieros y más terribles del polvo en que los hundía la espada de los pretores y de los cónsules. Tomáronla los lusitanos, que acaudillados después de continuas derrotas por Viriato, fueron el terror de sus enemigos, no hallando dique á sus ímpetus sino en la cordura de Fabio y en la perfidia del que le sucedió en el mando. La tomaron los asturos, la tomaron los cántabros, á quienes no bastó á vencer la República, y hubo de ir á dominar con sus propias armas el primer jefe del imperio (1). Tomáronla casi todos los pueblos, ansiosos de defender hasta el último trance su tan querida independencia. Roma llegó á temblar ante tan numerosos y tan indomables enemigos: veía á cada paso contrarrestado el valor de sus legiones, recordaba hoy la sangre vertida ayer, consideraba todos los días cuán escasos eran sus adelantos, y sentía á veces hasta desaliento y vergüenza de sí misma. Había encontrado en pocos pueblos una resistencia tan firme y tan porfiada, y apenas sabía comprenderla. La venció; pero después de siglos.

¿Cuál fué, en tanto, el papel reservado á las tribus granadinas? Fué desgraciadamente muy triste para tribus españolas. Salidas de la mano de los cartagineses para entrar en la de los romanos, vivieron desde un principio sujetas al gobierno de los pretores, y apenas pudieron hacer más durante esta guerra memorable que oír á lo lejos el rumor de los combates en que defendían las demás su patria y lamentar en lo más secreto de

(1) Los lusitanos ocupaban Portugal y parte de la Extremadura, los celtíberos el centro y el nordeste de la Península, los asturos Asturias, los cántabros las playas que llamamos aún costas de Cantabria. No creemos de nuestra incumbencia descender á más detalles.

sus hogares su larga servidumbre. Fueron consideradas como enemigas por los lusitanos, que las invadieron muchas veces tratándolas con la misma crueldad que á los romanos; y en cambio no vieron en sus dominadores sino hombres á quienes la codicia y el orgullo impelían todos los días á mayores vejaciones, crímenes y escándalos. Cuando las provincias de España en general, no pudiendo ya sobrellevar más agravios, enviaron embajadores al Senado de Roma para que pusiera remedio á sus males, no tuvieron ellas menos motivos de queja que las tribus tantas veces sublevadas, á pesar de no haber hecho nunca armas contra la República. Llegó á más su desventura. En las circunstancias difíciles para sus invasores tuvieron que ingresar en las legiones y derramar por la causa de sus enemigos la sangre que reclamaban los intereses y el bienestar de la Península. Debieron pelear tal vez contra el mismo Viriato, que procurando con ardor por los pueblos, llevó sus temidos escuadrones hasta las fronteras orientales de la Bastitania.

De las tribus granadinas sólo se sublevaron Cástulo y Jirisis en los últimos tiempos de la República, y fueron por cierto bien desgraciados en su empresa. Quinto Sertorio, que acometido de improviso por los habitantes de aquellas dos ciudades había creído prudente abandonarlas á fin de evitar una muerte casi segura, volvió á poco contra Cástulo, que tomó y castigó con severidad excesiva, hizo disfrazar á sus soldados con el traje de los vencidos, y los llevó á Jirisis, donde ejecutó sin piedad las leyes de la guerra (1). No podían esperarse, á la verdad, mejores resultados de un movimiento tan parcial, verificado en época en que Roma tenía ya sojuzgada la mayor parte de España.

No cupo tampoco mejor suerte á estas tribus durante las guerras civiles de la República, en que debieron tomar una

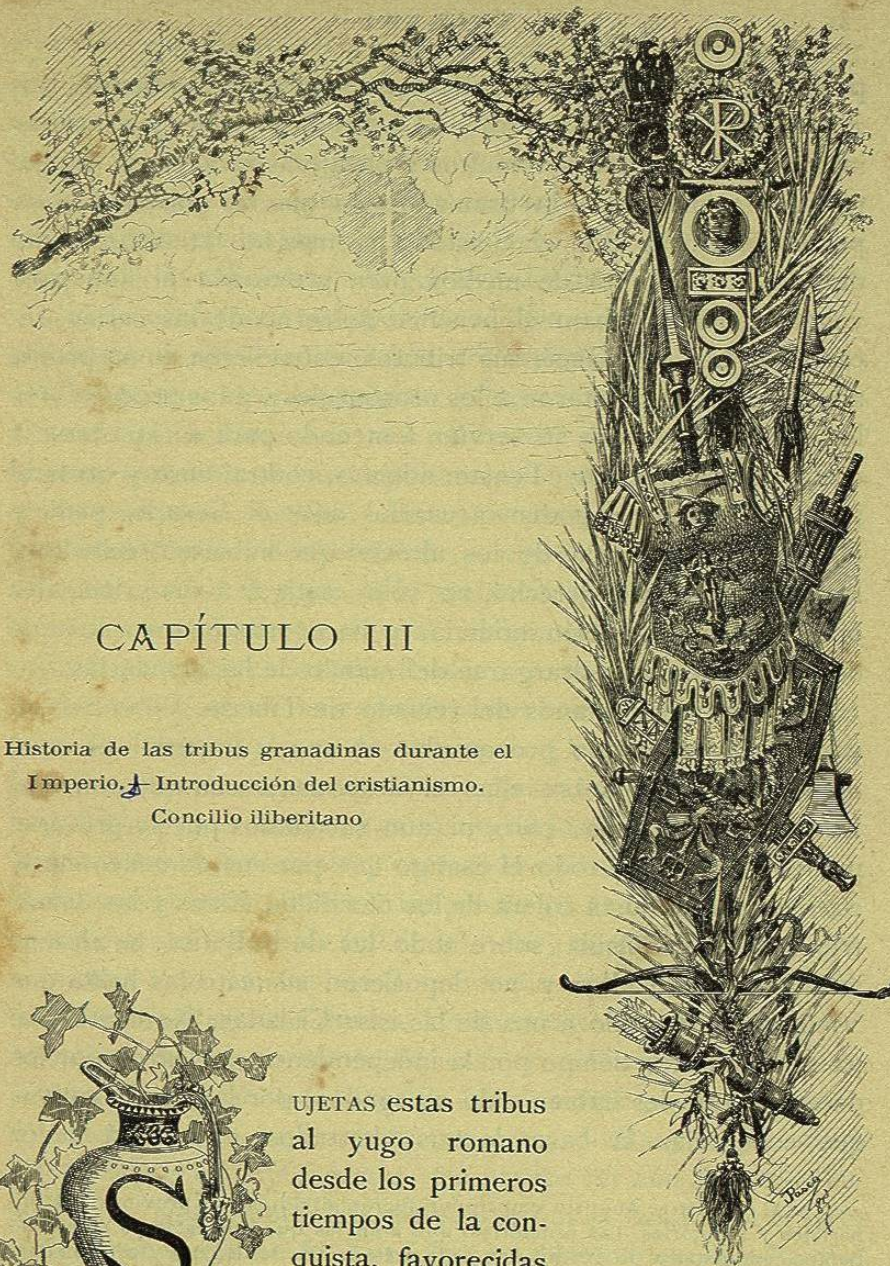
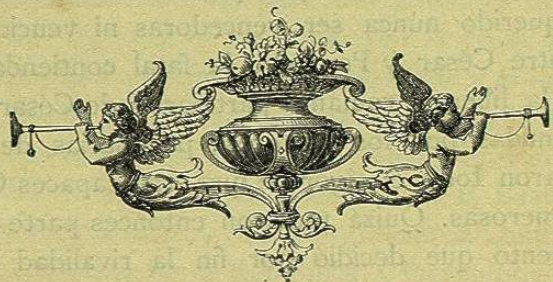
(1) Nada puede asegurarse sobre la situación de Jirisis: Romey insinúa si pudo ser Jaén.

parte más ó menos activa todos los pueblos españoles. Ó fueron de ellas simples espectadoras ó víctimas. Anduvieron de mano en mano, y tuvieron que sobrellevar la codicia y la cólera de todos los partidos. Al triunfar Mario, acogieron generosamente á Craso, que venía huyendo de su patria; mas lejos de obtener de él beneficios al apoderarse Sila de la dictadura, no recibieron sino mayores cargas é injurias y hubieron de contemplar sin poder vengarse talada y saqueada la ciudad de Málaga que se resistió á satisfacer los tributos impuestos por tan ingrato jefe. Cuando Sertorio volvió de África, donde le llevó la alevosa muerte de Salinator, fueron el primer campo de sus hazañas, el primer fruto de sus triunfos y el primer teatro de sus derrotas sin haber querido nunca ser vencedoras ni vencidas. Estalló después entre César y Pompeyo la fatal contienda que debía acabar con la libertad romana: partidarias de César, fueron de nuevo oprimidas por los pretores; partidarias de Pompeyo, experimentaron todo el rigor de que eran capaces César y sus legiones generosas. Quizá tomaron entonces parte en un combate sangriento que decidió por fin la rivalidad de los dos caudillos; pero no lograron sino agravar sus infortunios. La batalla de Munda, cuyo estrépito despertó el eco de estas sierras y confundió los bramidos del Mediterráneo, cubrió de cadáveres el campo para hacer la fortuna de César, no para mejorar la de estas tribus. Vencidas estas por haber seguido entonces las banderas de Pompeyo, se vieron por lo contrario mucho más humilladas teniendo que guardar silencio sobre su propia desventura y ver humildes pasar al vencedor del mundo (1).

El triunfo de César, sin embargo, como creó un nuevo orden de cosas para la República, lo creó en breve para estos y los

(1) La batalla de Munda no la dió César contra Pompeyo Magno, sino contra su hijo Publio. Después de ella tomó César á Munda misma, á Córdoba, Sevilla y Osuna.

demás pueblos de la Península. La dictadura llevó al Imperio, y el Imperio fué indudablemente para los españoles más beneficioso que la República.



CAPÍTULO III

Historia de las tribus granadinas durante el Imperio. — Introducción del cristianismo. Concilio iliberitano



UJETAS estas tribus al yugo romano desde los primeros tiempos de la conquista, favorecidas por el nuevo sistema político que introdujo Augusto, y poco partícipes por su misma